

## Kosovo: la guerra de expansión de la OTAN

La OTAN ha establecido un protectorado en Kosovo a costa del enorme sufrimiento de su pueblo, y de una manera calculada ha acumulado problemas para el futuro. El bombardeo de la OTAN ha generalizado e intensificado en gran medida la persecución de los kosovares y ha destruido infraestructuras por toda Yugoslavia. Se han producido miles de bajas civiles y de refugiados y, a pesar de lo que se ha dicho acerca de las armas de precisión, muchos errores.

Algunos críticos de la guerra aérea mantienen que se debería haber lanzado una invasión terrestre desde el principio. Sobre esta cuestión, el alto mando de la OTAN ha ofrecido una versión más realista. El ejército serbio se había hecho fuerte y poseía miles de lanzamisiles, morteros y piezas de artillería. Aunque no hubiera cabido ninguna duda acerca del desenlace final, el número de bajas, tanto civiles como militares, habría sido muy elevado. Ningún comandante en su sano juicio habría optado por entrar en combate en circunstancias parecidas, en medio de uno de los terrenos más hostiles que se puedan imaginar, y antes de haber destruido el armamento, los depósitos de suministro, las comunicaciones y la moral del ene-

migo. Los defensores de un asalto terrestre podrían argüir que éste habría evitado las incursiones aéreas contra objetivos civiles, el uso de bombas de racimo, y algunos de los errores cometidos. El bombardeo aéreo previo respondía, sin embargo, a una lógica militar impecable: la primera semana de bombardeos precipitó la catástrofe, expulsando a cientos de miles de personas de sus casas por enfurecidos y sanguinarios soldados y paramilitares serbios.

La desastrosa guerra aérea no fue un error debido a que existiera otra alternativa militar, sino a que, desde el principio, se podía haber alcanzado un acuerdo para que se retiraran las fuerzas serbias y fueran sustituidas por fuerzas de seguridad de la ONU, pero fracasó porque no proporcionó a la OTAN el protectorado que perseguía. El gobierno yugoslavo estaba dispuesto, bajo una gran presión, a firmar un acuerdo semejante tras Rambouillet pero se negó a aceptar las disposiciones militares del acuerdo. Estas disposiciones estipulaban que la fuerza internacional de seguridad estaría liderada por la OTAN, que tendría derecho a inspeccionar por toda la república yugoslava, y que sus miembros estarían exentos de responsabilidad por sus acciones ante la justicia local. Moscú se opuso a este aspecto del acuerdo y el negociador ruso se negó a estar presente durante la firma de la delegación kosovar el 15 de marzo de 1999. Cuando llegaron las noticias sobre los bombardeos, el primer ministro ruso canceló a mitad de vuelo su visita a Washington. Milosevic nunca aceptaría un acuerdo rechazado por los rusos, especialmente uno en el que se estipulara la expansión del campo de operaciones de la OTAN. Hacerlo le habría hecho vulnerable ante sus adversarios internos. Aunque, por la misma razón, una solución respaldada por Rusia le sería difícil de rechazar, aunque significara la retirada total de Kosovo.

Un artículo acerca de las negociaciones fallidas de Rambouillet, publicado en el *New York Times* el 8 de abril de 1999, señalaba: «En una resolución del Parlamento serbio que pasó inadvertida justo antes del bombardeo, en el momento en que este organismo apenas independiente rechazaba la presencia de las tropas de la OTAN en Kosovo, respaldaba igualmente la idea de que fueran las fuerzas de la ONU las que dirigieran una solución política en la zona». La delegación serbia, bajo coacción, se había mostrado dispuesta a aceptar los principios del acuerdo de Rambouillet, a excepción del muy detallado capítulo veinticinco acerca del liderazgo por parte de la OTAN de la fuerza de ocupación. Cuando Milosevic llegó a un acuerdo en Dayton, lo cumplió puntualmente, aceptando la expulsión forzosa de cientos de miles de serbios de la tierra en la que habían vivido durante mucho tiempo. Aun en el caso de que el cumplimiento de un acuerdo referido a Kosovo hubiera sido más difícil, la relación de fuerzas, tanto en Kosovo como en el mundo, habría garantizado el acuerdo sin el horrendo coste que ha supuesto la guerra<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Jonathan Steele, que ha seguido la actualidad de Kosovo durante mucho tiempo, argumenta que: «la OTAN ha alcanzado sus objetivos en Yugoslavia, pero nunca hubo necesidad de una guerra. El acuerdo arrebatado a Slobodan Milosevic la semana pasada proba-

## Priorizar la presencia de la OTAN

A finales de abril y principios de mayo de 1999, una nueva ronda de mediaciones diplomáticas, con la participación de los gobiernos de Rusia y Finlandia, fracasó nuevamente dada la insistencia de la Alianza Atlántica en que la fuerza de seguridad propuesta estuviera articulada en torno a un «núcleo» de la OTAN. De acuerdo con un encuentro de los G8, el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, Igor Ivanov, aclaró que no se había alcanzado ningún acuerdo sobre esta cuestión ya que Rusia no podía aceptar la transformación de Kosovo en un protectorado de la OTAN. La insistencia occidental en atribuir el papel dirigente a la OTAN excluía, por consiguiente, un enfoque conjunto frente a Belgrado y condenaba al fracaso las perspectivas del Consejo de Seguridad de una resolución sobre esta cuestión. Esta fase de la negociación llegó a su fin con el bombardeo de la embajada china en Belgrado, sin que Occidente hubiera hecho ninguna concesión con respecto al papel de la OTAN.

Por supuesto, la buena disposición de Milosevic para dar con una solución no vino de la bondad de su corazón sino de su temor hacia el impresionante poder de la OTAN, de su deseo de acabar con las sanciones y de su ansia de ganarse la respetabilidad internacional: precisamente los motivos que le llevaron a apoyar los acuerdos en Dayton en 1995. Se podría pensar que el factor miedo en las motivaciones del líder serbio justifica en sí mismo el ataque aéreo. Pero esto sólo sería así si el bombardeo hubiera producido un resultado mucho mejor para los kosovares del que ya se preveía en febrero en Rambouillet, y, tras el éxodo, esto difícilmente podía suceder. El acuerdo que se logró finalmente, a pesar del papel simbólico de Rusia, significa que la OTAN ha conseguido un emplazamiento estratégico más favorable en la región, y que los kosovares han tenido que pagar un alto precio por ello.

La composición de la fuerza de seguridad fue el obstáculo en marzo y a primeros de mayo debido a que la OTAN se opuso a cualquier fuerza de seguridad en Kosovo que no estuviera bajo su absoluto control. En público, ambos bandos eran proclives a exagerar su posición, pero la composición de la fuerza de seguridad fue el punto de fricción en todo momento. Durante todo el proceso, la postura de Rusia debía ser de gran importancia para Belgrado, no sólo porque a una Yugoslavia dominada por Serbia siempre le resultaría más fácil mostrarse de acuerdo con una mediación rusa, presionada por las tropas rusas o por los recursos de los que Rusia dispone para ayudar a Yugoslavia con combustible, armas y apoyo diplomático, sino también porque cualquier gobierno de Belgrado que autorizara un protectorado de la OTAN en Kosovo se ganaría la enemistad de Rusia. Milosevic supo en todo momento que todos los sectores de la

---

blemente se podría haber logrado hace 12 meses evitando absolutamente el horror de los bombardeos». «La ruleta rusa de la OTAN: El desprecio de Occidente hacia su antiguo enemigo durante la “Guerra Fría” causó alejamiento durante la crisis de Kosovo, precisamente cuando había que trabajar juntos», *The Guardian*, 9 de junio de 1999.

opinión rusa se opondrían a la transformación de Kosovo en un protectorado de la OTAN.

Algunos kosovares y sus partidarios habían argumentado en todo momento que todo salvo la autodeterminación total e inmediata para el pueblo de Kosovo sería inaceptable. En Rambouillet, sin embargo, la delegación kosovar, después de mucha presión y angustia, declaró que aceptaba un protectorado de la OTAN y que la fuerza de seguridad debía estar liderada por la OTAN. Desde luego, la composición y la dirección de esta delegación habían sido cuidadosamente vetadas por la OTAN: el veterano líder del ELK, Adem Demaci, fue excluido y el inexperto Hashim Thaci, de veintinueve años de edad, fue reconocido como el líder de la delegación en lugar de Ibrahim Rugova. La OTAN no dejó que los kosovares dictaran su estrategia. En ningún momento la OTAN exigió a Belgrado que renunciara a sus pretensiones sobre Kosovo. A la delegación kosovar se le persuadió finalmente para firmar en Rambouillet a pesar de este hecho<sup>2</sup>.

La OTAN estaba dispuesta a permitir una presencia simbólica yugoslava en algunos aspectos marginales, como concesión a la idea de que, de algún modo impreciso, Kosovo, al igual que Montenegro, seguía siendo parte de Yugoslavia. Esto se justificó argumentando que la cuestión clave era la sustitución de la ocupación serbia por una fuerza de seguridad internacional que permitiera el regreso de los refugiados y que sentara las bases para una nueva estructura política. Si no fuera por el hecho de que la OTAN insistió en que dicho proceso requería un protectorado de la OTAN, la propuesta de una fórmula puramente transitoria y para salvar las apariencias hubiera sido un compromiso razonable, que habría permitido una retirada ordenada de las fuerzas serbias.

### **La necesidad de la implicación rusa**

La alternativa de la ONU o de la OSCE a la fuerza de seguridad liderada por la OTAN habría incluido casi con toda seguridad un gran contingente por parte de algunos Estados de la OTAN, pero habría contado además con una participación significativa rusa y neutral. Si las potencias europeas estaban dispuestas a pagar la mayor parte del coste de una fuerza semejante, que sería lo más justo, teniendo en cuenta lo mucho que han contribuido a la escalada de las guerras yugoslavas, existen motivos más que justificados para pensar que esta fuerza de seguridad más amplia habría hecho un trabajo más desinteresado que la fuerza liderada por la OTAN. Siempre y cuando cobren sus salarios, los ejércitos están estructurados para cumplir órdenes; esto es cierto tanto para el ejército ruso, el irlandés y el finlandés como para el de la OTAN. Y dado que esto no habría provocado a los rusos, habría contribuido a la seguridad regional, en vez de amenazarla.

---

<sup>2</sup> Esto sale a relucir incluso en un informe escrito por el asesor legal de la delegación kosovar Marc Weller, véase «The Rambouillet Conference», *International Affairs*, vol. 75, abril de 1999.

Algunos consideran ingenua y poco segura cualquier concesión al papel de Rusia; los que así piensan olvidan el brutal intento de Rusia de suprimir la república chechena o infravaloran los peligrosos y sangrientos que pueden llegar a ser los políticos y militares rusos. Lo cierto es que puede hacerse una objeción muy parecida a los Estados que lideran la OTAN. Por ejemplo, el año pasado, William Walker, un hombre responsable de trabajar con el criminal régimen militar de Guatemala, fue nombrado por los Estados Unidos para liderar la fuerza de supervisión de la OSCE en Kosovo; en un viaje reciente a Centroamérica, el presidente Clinton se disculpó públicamente por la contribución de los Estados Unidos a la campaña de terror militar desatada por Ríos Montt y el ejército guatemalteco y las fuerzas paramilitares durante la década de 1980. El gobierno británico se había disculpado públicamente por las muertes del Domingo Sangriento (*Bloody Sunday*) y se acababa de demostrar que sus soldados en Irlanda del Norte eran culpables de torturar a los sospechosos. El servicio de seguridad francés provocó la explosión del «Rainbow Warrior» y colaboró activamente con la milicia hutu en Ruanda. Y así sucesivamente. En todos estos casos, los crímenes de las fuerzas de seguridad y de los asesores occidentales reflejaban ante todo el carácter de la misión que los políticos les asignaban. Tal y como sucede en Chechenia. En el caso checheno, las autoridades políticas rusas finalmente llegaron a la conclusión de que ya habían tenido bastante, y permitieron que el general Lebed negociara un acuerdo y la retirada militar. La mayor parte de los informes demuestran que este episodio, que estuvo a punto de costarle la inhabilitación a Yeltsin, ha tenido un impacto duradero en la cultura política rusa. A su vez, Occidente no ha denunciado a Rusia por ninguna de sus actuaciones militares fuera de sus fronteras. De hecho, hay un contingente ruso en la fuerza de seguridad de Bosnia. Si la fuerza de seguridad de Kosovo hubiera excluido a todas las potencias de la OTAN, en ese caso también podría haber excluido a Rusia, sin agravar el ya desequilibrado punto muerto militar que existe en Europa centro-oriental, pero esto nunca llegó a proponerse.

Resulta evidente que la prolongada ocupación de Kosovo por tropas de cualquier potencia extranjera —rusas, estadounidenses, o si viniera al caso, finlandesas e irlandesas— desencadenaría abusos, corrupción y represión, y éste es el motivo por el que cualquier acuerdo similar habría de limitarse estrictamente al período de tiempo preciso para permitir que la autodeterminación del pueblo kosovar se convirtiera en una realidad. La retirada efectiva de los paramilitares, la policía y las unidades del ejército serbios es lo que podría crear las condiciones necesarias para el regreso de los refugiados y la recuperación de las recientes atrocidades. Estos últimos procesos estarían asistidos por la presencia de una amplia fuerza de tropas extranjeras diversas bajo, por ejemplo, el control de la ONU o del Consejo Europeo, y por el inicio de la formación de una fuerza policial reclutada en Kosovo. Los defensores de la guerra trataron de desacreditar esta alternativa entonando la palabra «Srebrenica» como si el despliegue de una fuerza de la ONU en Kosovo, *tras la retirada de las fuerzas serbias*, fuera una invitación a los desastres que acompañaron los es-

fuerzos por «mantener la paz» por parte de la ONU en Bosnia, *donde había numerosas formaciones militares serbias* y donde, a diferencia de Kosovo, *los serbios eran el grupo nacional más numeroso*.

He sostenido que la guerra se desencadenó, y llegó a convertirse en un prolongado ataque a la totalidad de las infraestructuras sociales de Yugoslavia, por un único motivo: sólo una solución liderada por la OTAN y que supusiera un estatus de protectorado de la OTAN para Kosovo era aceptable para los Estados Unidos y Gran Bretaña; el resto de los miembros aliados tuvieron que secundar la decisión, al margen de las reservas que mostraran en público o en privado. En otras palabras, la guerra tuvo una dimensión estratégica que arruinó las primeras perspectivas de acuerdo, precipitó una catástrofe humanitaria y probablemente continuará envenenando las relaciones entre los países del este y los países occidentales.

Cuando el ex presidente Mikhail Gorbachov visitó el Kings College de Cambridge, en marzo de 1999, expresó su sorpresa de que Occidente se prestara a respaldar la expansión de la OTAN haciendo una fogata con todos los acuerdos y organizaciones internacionales que se habían creado con el fin de salvaguardar la paz y los derechos humanos. Todos los que emprendieron la guerra hicieron papel mojado de los acuerdos de Helsinki y dejaron de lado a la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). Negaron a Rusia la capacidad real de expresar su opinión sobre la crisis, a pesar de la contribución evidente que el gobierno ruso podría haber hecho para alcanzar un acuerdo. Cualquiera que hubiera escuchado a Gorbachov, y hubiera podido hablar con él, no habría podido evitar la sorpresa ante su voz de alarma ni su estupefacción ante la falta de capacidad de muchos analistas para abordar siquiera las cuestiones más generales que surgieron con la guerra. En este punto, Gorbachov, evidentemente, estaba hablando en nombre de casi toda la opinión pública rusa.

Desde el principio, el gobierno ruso denunció la acción militar unilateral de la OTAN, advirtiendo que desencadenaría una nueva “guerra fría”, traería inestabilidad a un amplio espectro de países y supondría enterrar definitivamente tanto del desarme nuclear como el convencional. Contempló, además, la insistencia en que Kosovo se convirtiera en un protectorado de la OTAN como parte de una operación más amplia de asedio.

### **El papel de los halcones**

Cuando se vio que las bombas no lograban un resultado rápido, se corrió el riesgo de una peligrosa escalada hacia una invasión terrestre. Dadas las enormes dificultades para desembarcar una fuerza significativa en Kosovo, los comandantes de la OTAN estuvieron tentados a dirigirse directamente hacia Belgrado desde sus bases en Macedonia, Bosnia y Hungría, con la ayuda de las fuerzas locales aliadas. Una invasión militar de Serbia podría haber hecho detonar el campo minado de las relaciones políticas existentes en Macedo-

nia, Bosnia y Montenegro. En caso de que Hungría, Rumania o Croacia hubieran jugado algún papel, territorios como la Vojvodina y Moldavia se hubieran visto arrastrados también, al igual que Rusia, Ucrania y sus respectivos territorios fronterizos.

Así que, ¿se habían olvidado los líderes de la OTAN de que Rusia posee 3.500 misiles balísticos intercontinentales, con sus cabezas nucleares? ¿Habría que haberles recordado la fragilidad del sistema político en Rusia? ¿Habría hecho falta que China hubiera reaccionado ante el bombardeo de su embajada en Belgrado para darse cuenta de que Rusia, el gigante militar, y China, una potencia económica emergente, están explorando la cooperación económica y militar?

Por el motivo que fuera, la mayor parte de los analistas occidentales raramente hicieron alusión a estas cuestiones, y prefirieron mantener el cómodo espejismo del fin de la «Guerra Fría». Pero sería absurdo suponer que los estrategias del Pentágono o del Departamento de Estado no las tuvieran en mente en todo momento. La operación en Kosovo es un paso más en la evolución de la nueva política de ampliación de la OTAN, que aumenta su poder y pretende contener a Rusia. La secretaria de Estado estadounidense, Madeleine Albright, y el consejero para la Seguridad Nacional, Sandy Berger, con el apoyo de veteranos de la «Guerra Fría», tales como Zbigniew Brzezinski y el senador Jesse Helms, se centraron indudablemente en la dimensión estratégica global, mientras el presidente, el Congreso y la opinión pública estadounidenses estaban absorbidos por el «caso Lewinsky». Cuando llegó el momento de justificar el volumen del presupuesto militar estadounidense, se presentaron complejas fórmulas relacionadas con la necesidad de enfrentarse a dos grandes crisis regionales simultáneamente; entonces se puso de manifiesto mediante insinuaciones apenas veladas que los efectivos militares norteamericanos estaban diseñados para poder enfrentarse y contener a Rusia y a China. Dos antiguos altos funcionarios del Departamento de Defensa advirtieron recientemente; «Por razones obvias, la Administración preferiría no tener que explicar por qué en sus análisis de defensa considera a estos países (es decir, Rusia y China) adversarios potenciales»<sup>3</sup>. ¿Acaso es inevitable un nuevo enfrentamiento con Rusia, o podría evitarse mediante un compromiso constructivo? ¿Se debería hacer hincapié en cumplir los acuerdos para el desarme ya negociados, tales como el START-2, o deberían ser abandonados en favor de discretos preparativos de cara a un nuevo enfrentamiento con lo que William Cohen, el secretario de Defensa, ha denominado el «homólogo competidor global»? ¿Se debería invitar a Rusia a unirse a la OTAN, o debería la Alianza hacer una demostración ante Rusia del destino que la espera si se sale del camino?

En un nuevo libro, *Preventive Defense*, Ashton Carter y William Perry, que renunció a su puesto como secretario de Defensa a pri-

---

<sup>3</sup> Zlamy Khalilzad y David Ochmanek, «Rethinking US Defense Planning», *Survival*, vol. 39, núm. 1, primavera de 1997, p. 49, citado en Gilbert Achcar, «The Strategic Triad: the United States, Russia and China», *NLR*, 228, marzo-abril de 1998, pp. 102-103.

meros de 1997, han explicado sus propios temores de que los Estados Unidos, reaccionando exageradamente ante problemas manejables como el de Kosovo, pudieran llegar a recrear una amenaza mortal para la seguridad estadounidense. Parafraseando su razonamiento, Lawrence Freedman escribe:

Por desgracia, el fondo de buena voluntad entre Washington y Moscú con el que se iniciara la década de 1990 actualmente se ha agotado en su mayor parte y no ha sido repuesto. El problema es en buena medida económico, dado que los rusos culpan a Occidente del fracaso de su versión expurgada del capitalismo para producir los resultados esperados. Sin embargo, la mayor tensión en las relaciones políticas ha venido de la mano de la ampliación de la OTAN, una medida política que en Moscú estaba destinada a ser vista como una manera de faltar a las promesas del pasado de no beneficiarse del fracaso del Pacto de Varsovia para fortalecer la Alianza Occidental. Los autores dejan claro tan delicadamente como pueden que se oponen a los defensores de esta manobra de la Administración de Clinton, precisamente por la reacción negativa que habría de provocar en Rusia<sup>4</sup>.

Entre los que se oponen a la ampliación se incluyen George Kennan, Jeff Matlock y otros muchos altos diplomáticos y antiguos embajadores, incluyendo prácticamente a todos los que han desempeñado cargos en Moscú. El alegato más completo en contra de esta tesis está recogido en el libro *The Dawn of Peace in Europe*, del especialista estadounidense en análisis estratégico Michael Mandelbaum<sup>5</sup>.

Por otro lado, Brzezinski ha defendido en todo momento que la expansión de la OTAN no sólo constituía una política sensata, sino además esencial. En 1996 se le citó diciendo que la Federación Rusa era «redundante». Él aclaró: «Rusia es viable como Estado-nación. No obstante, no le veo mucho futuro como imperio. No creo que los rusos puedan restablecer su imperio. Si son lo bastante estúpidos como para intentarlo, se meterán en conflictos que harán que Chechenia y Afganistán parezcan un picnic»<sup>6</sup>. En su opinión Rusia resulta amenazadora y excesivamente centralizada: «Si tenemos en cuenta el tamaño y la diversidad del país, un sistema político descentralizado y una economía de mercado darían rienda suelta al potencial creativo del pueblo ruso y a los enormes recursos naturales de Rusia». Se inclina por una «Rusia informalmente confederada, compuesta por una Rusia europea, una república siberiana y una república de Extremo Oriente»<sup>7</sup>. Brzezinski aboga por medidas económicas y militares que promuevan la independencia de cada uno de los Estados en la frontera rusa. Lo cierto es que él mismo ha contribuido a impulsar

---

<sup>4</sup> Lawrence Freedman, «On the C List», *Times Literary Supplement*, 30 de abril de 1999. Se trata de una reseña de Ashton B. Carter y William Perry, *Preventive Defense: a New Security Strategy for America*, Washington D.C., 1999.

<sup>5</sup> Michael Mandelbaum, *The Dawn of Peace in Europe*, Nueva York, 1996. Cito este trabajo y el de Carter y Perry porque muestra cómo la temeridad de la actual política estadounidense provoca desasosiego incluso dentro de la clase dirigente. Para una crítica informativa a la ampliación de la OTAN, véase «The Expansion of NATO», *Campaign Against the Arms Trade*, Londres, 1999, disponible en 11 Goodwin St., Londres, N4 3HQ.

<sup>6</sup> *Transition*, 15 noviembre 1996. Brzezinski profundiza en estas ideas en «Russia and Asian Geopolitics», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 1997.

<sup>7</sup> Zbigniew Brzezinski, «A Geostrategy for Asia», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 1997.



la formación de una nueva alianza entre Georgia, Ucrania, Azerbaiyán, Moldavia y, recientemente, Uzbekistán (GUUAM). Tras la crisis financiera en Rusia de agosto de 1998, Brzezinski advirtió que los acontecimientos en Moscú señalaban «el final de este giro un tanto ingenuo... que consiste en que Rusia ha logrado privatizarse y democratizarse. Me temo que ninguna de estas cosas son ciertas»<sup>8</sup>.

Como antiguo asesor de Seguridad Nacional, Brzezinski, que sigue establecido en Washington, concedió el peso estratégico necesario a la política de ampliación de la OTAN. Por su parte, Clinton adoptó esta política antes de las últimas elecciones presidenciales al darse cuenta de que mediante ella podría jugar una buena baza electoral con muchos americanos de origen polaco, báltico, checo, etcétera, así como contribuir a su imagen de líder duro. La ampliación de la OTAN era un asunto más en el que el presidente podría poner la zancadilla a los republicanos. Se trataba más de una decisión política que de un espaldarazo rotundo a la visión de Brzezinski; además, se intentó ayudar a Yeltsin, lo cual incluyó una tibia respuesta a la represión en Chechenia. Por su parte, el gobierno ruso se mostraba patéticamente ansioso por sellar la oferta de Occidente. Brzezinski restó importancia a esto, admitiendo que es la estructura de poder lo que importa; para él, la Federación Rusa representa una esquirla del viejo bloque soviético y sus formaciones políticas y sus fuerzas armadas están insuficientemente dessovietizadas. La secretaria de Estado está obligada a ser más cauta pero, en el fondo, Madeleine Albright sigue siendo esclava de la perspectiva de su antiguo mentor y contraria a los que se muestran condescendientes con Rusia. En un artículo publicado en noviembre, señalaba secamente que «Rusia se enfrenta a enormes retos económicos y militares», y aleccionaba a sus líderes sobre la necesidad del desarme<sup>9</sup>.

## Una política de asedio

Con Kosovo, y con el presidente distraído, la ampliación de la OTAN se desplazó de la diplomacia y la planificación presupuestaria hacia los hechos consumados y la iniciativa militar unilateral. Resulta poco probable que Tony Blair, el novato e histriónico primer ministro británico, llegara a comprender la situación en su conjunto o enten-

---

<sup>8</sup> Entrevista, CNBC, «Power Lunch», 27 de agosto de 1998. Absolutamente crítico con la democracia rusa, Brzezinski es, sin embargo, conocido por ser partidario de establecer lazos estrechos con Azerbaiyán. Es consejero de Amoco y de la Compañía de Operaciones Internacionales de Azerbaiyán, un cártel cuyos oleoductos en proyecto y sus acuerdos ayudan a cimentar la alianza GUUAM. La Casa de la Libertad, de la que Brzezinski es miembro directivo, manifestó recientemente que las condiciones políticas en el Azerbaiyán de Geidar Aliev estaban mejorando. (Aliev era un miembro del Politburó de Breznev y responsable de la limpieza étnica de los armenios en Nagorno-Kabarak.) Acerca de Brzezinski y Azerbaiyán, consultar la página web de [counterpunch.org](http://counterpunch.org) y el artículo de Christopher Hitchens en la revista telemática *Salon*, 29 de septiembre de 1997. Mientras los lazos de Brzezinski con las compañías petrolíferas son abiertamente estrechos, esto no quiere decir necesariamente que esté dando las órdenes; algunos observadores creen que las empresas petrolíferas se están viendo arrastradas por las maniobras de inspiración política de Brzezinski con una combinación de ingenuidad y codicia.

<sup>9</sup> Madeleine Albright, «The Testing of American Foreign Policy», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 1998, pp. 50–68.

diera que estaba contribuyendo al predominio de los halcones. En vísperas de la guerra, *Foreign Affairs* publicó unos artículos de Garry Wills y Samuel P. Huntington dando la voz de alarma sobre el curso de los acontecimientos. Wills declaró que jugar el papel de «matón del mundo libre» era un error garrafal de los Estados Unidos, mientras que Huntington señaló que «el Estado central de una civilización puede mantener mejor el orden entre los miembros de su familia extensa que alguien de fuera»<sup>10</sup>. Pero este consejo ya había sido desoído en el momento en que se brindó.

Fue la insistencia de los Estados Unidos lo que dejó a Rusia al margen del proceso que condujo a la guerra y la excluyó de su ejecución. La humillación de los rusos resultó más intensa en la medida en que habían jugado un papel central en los contactos diplomáticos antes y durante la conferencia de Rambouillet. La idea de que el bombardeo sería efectivo, incluso sin el apoyo ruso, y que Milosevic se derrumbaría rápidamente, fue vendida a los aliados menos importantes por parte de las fuerzas anglosajonas. Pero la facción dominante en Washington tuvo claro en todo momento que la mejor manera de enfrentarse a la amenaza rusa era rodear a este país de bases militares, Estados tutelados y protectorados de la OTAN. Algunos asesores británicos en política internacional señalaron que no era conveniente renunciar a la contribución que podría brindar la mediación rusa para tratar de imponer un acuerdo a Milosevic, pero se les contestó que la implicación de Rusia no era aceptable para los americanos. La estúpida y provocadora exclusión de Rusia contó finalmente, con el paso del tiempo, con la oposición de algunos miembros del Consejo de la OTAN que, a pesar de todo, siguieron mostrándose sumisos a la línea de la dirección estadounidense y británica, lanzando patéticas señales de alarma mientras que la monstruosa maquinaria militar se dirigía al abismo.

La rigurosa exclusión de Rusia de cualquier papel que no fuera el de chico de los recados representó una orientación nueva con respecto a la doctrina proclamada anteriormente. Javier Solana, el secretario general de la OTAN, declaró en un discurso el 23 de junio de 1998 que era fundamental que «Rusia estuviera a bordo» si Occidente tenía que afrontar la situación crítica en Kosovo<sup>11</sup>. En ese momento, era obvio para Solana que Rusia debía estar involucrada, tanto porque ello maximizaría las oportunidades de alcanzar un acuerdo como porque dejarla al margen supondría una ofensa estratégica colosal. La formación de gobierno por Primakov podría ayudar a entender el endurecimiento de la posición de los Estados Unidos y el abandono definitivo de la postura recientemente adoptada por Solana.

La interpretación que ofrezco aquí parece estar en contradicción con las consideraciones bien documentadas por Tim Judah en la *New York*

---

<sup>10</sup> Garry Wills, «Bully of the Free World», *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1999, pp. 50–60, y Samuel P. Huntington, «The Lonely Superpower», *ibid.*, pp. 35–49.

<sup>11</sup> Tariq Ali, «Springtime for NATO», *NLR*, 234, marzo-abril de 1999. El texto de este discurso se encuentra en la página web [Kosova.newsroom](http://Kosova.newsroom).

*Review of Books* del 10 de junio de 1999, tras los debates con Chris Hill, el embajador de los Estados Unidos en Macedonia. Judah escribió:

¿Qué ha sido de la teoría en boga en aquel momento de que Milosevic estaba dispuesto a aceptar una fuerza militar siempre y cuando ésta no estuviera explícitamente dirigida por la OTAN? Hill simplemente afirma que esto no era así. Los negociadores de Rambouillet —el propio Hill, Wolfgang Petritsch por los Estados Unidos y Boris Mayorski por Rusia— se hubieran conformado con acordar un disfraz aceptable de la fuerza, pero los serbios sencillamente «no lo iban a tolerar». Y añade: «¿Si los serbios hubieran aceptado la fuerza pero no una judicatura independiente —y hubieran insistido en el levantamiento total de las sanciones (es decir, que Occidente hubiera cancelado todas las sanciones)— cree que habríamos bombardeado?».

Estas consideraciones nos conducen al menos al quid de la cuestión. Pero las citas directas e indirectas del embajador Hill únicamente preveían un «disfraz aceptable», no una auténtica fuerza no dirigida por la OTAN. También es cierto que el gobierno ruso esperaba poder participar en la ejecución de los acuerdos, a pesar de la perspectiva que curiosamente se le atribuyó al negociador ruso en este asunto —el embajador Mayorski boicoteó la ceremonia de la firma kosovar a causa de la fórmula del liderazgo OTAN—. Naturalmente, Rusia se ofendió tan vivamente por su exclusión como Serbia, si no más. Y el propósito de incluirla a bordo únicamente habría servido para elevar al máximo la presión sobre Serbia.

### Los Estados Unidos como matón global

En el caso de que se hubiera excluido del proceso negociador a los Estados Unidos, en lugar de a Rusia, las oportunidades de una solución pacífica habrían sido mucho mayores. La implicación de los Estados Unidos podía gratificar a las halcones de Washington; sin embargo, las aventuras militares extranjeras, con perspectivas ilimitadas de ulteriores complicaciones, no tienen interés para la mayor parte de los ciudadanos estadounidenses. Sirven para distraer al público estadounidense de alarmantes problemas, tales como el aumento de la población reclusa, los gastos de la ampliación de la OTAN y el mantenimiento de una serie de protectorados, que podrían erosionar el superávit presupuestario que permiten el enfoque sorprendentemente audaz de Clinton sobre el problema de los fondos de jubilación de la seguridad social. Ningún país debería arrogarse el papel de matón global y los Estados Unidos es el menos indicado para ello, porque la estructura de su sistema político le hace vulnerable a los intereses específicos de los *lobbies*. La reticencia de los líderes políticos estadounidenses a considerar la posibilidad de que se produzcan bajas entre sus propias fuerzas podría ser un motivo de cautela, pero se ve anulado en buena medida gracias a la habilidad y la preparación de Washington para acometer la destrucción desde lejos.

El 24 de mayo de 1999, Clinton empleó las columnas del *New York Times* para reafirmar la posición de los Estados Unidos, introduciendo sin embargo un ligero cambio y reconociendo indirectamente las críticas a la política adoptada. Tras reiterar que la fuerza de seguri-

dad en Kosovo debía «tener un mando de la OTAN y el control y las reglas acordadas por la OTAN, con medidas especiales para los países no pertenecientes a la OTAN, al igual que nuestra fuerza en Bosnia», añadía: «Nuestra campaña militar continuará hasta que se cumplan estas condiciones, no porque seamos obstinados o arbitrarios sino porque son las únicas condiciones bajo las que los refugiados podrán retornar a salvo y el ELK tendrá incentivos para desarmarse: se trata de los requisitos mínimos para que la resolución se haga efectiva». Pero el papel de los Estados Unidos en Bosnia y Somalia sencillamente no corroboraba esta declaración; muchos refugiados no han vuelto a Bosnia y, en Somalia, las tropas bajo las órdenes de los Estados Unidos fueron incapaces de manejar una situación difícil y delicada<sup>12</sup>. Clinton proseguía:

... esta estrategia nos proporciona la mejor oportunidad de cumplir nuestros objetivos, para fortalecer, en vez de debilitar, nuestro interés fundamental en una relación a largo plazo con Rusia. En la actualidad, Rusia está colaborando para lograr que Belgrado acepte nuestras condiciones. Las tropas rusas deberían participar en la fuerza que mantendrá la paz en Kosovo, transformando una fuente de tensión en una oportunidad para la cooperación, tal y como sucedió con nuestros esfuerzos conjuntos en Bosnia.

Sin duda, esta nueva buena disposición para contar con un papel ruso limitado, bajo el mando y el control de la OTAN, reflejaba la disponibilidad de Yeltsin para acomodarse a Washington y su éxito al desbancar a Primakov. Pero un artículo en la portada del *Herald Tribune* de ese día informaba que el acuerdo para el desarme START-2 se encontraba absolutamente en un callejón sin salida, ya que precisaba de la aprobación de la Duma. Lejos de disponerse a llevar a cabo el desarme convencional o nuclear, el alto mando ruso había tomado la decisión de modernizar su arsenal nuclear.

La opinión pública de los países de la OTAN sólo gradualmente se fue dando cuenta del coste de la guerra aérea, incluyendo los numerosos refugiados que aún se encontraban en Kosovo. Los gobiernos de Italia y Alemania se pronunciaron en contra de la ofensiva terrestre. Además se propagó la petición de que cesaran los bombardeos aéreos inmediatamente y a favor de los esfuerzos de mediación rusos. Algunos se dieron cuenta de que el supuesto objetivo de la OTAN de «degradar» la «función de control y mando» de las fuerzas yugoslavas sólo tenía sentido para los que se inclinaban por una guerra más amplia, ya que, en el caso de que esto se lograra, impediría a Belgrado dar la orden de retirar a sus fuerzas y daría vía libre a cualquier restricción que aún pesara sobre sus unidades en Kosovo. Por supuesto, el advenimiento de la paz podría exponer a Milosevic a los ataques de todos aquellos serbios que se sentían unidos a él gracias a la ofensiva militar, pero que tenían buenos motivos para lamentar su larga y desastrosa carrera como líder.

---

<sup>12</sup> Tal y como se demostró recientemente en estas páginas «Los Estados Unidos estuvieron al frente en Somalia en todo momento»; véase Alex de Waal, «US War Crimes in Somalia», *NLR*, 230, julio-agosto de 1998, p. 135.

Los principios enunciados por el Consejo de Europa, la OSCE y las Naciones Unidas suministraron la base adecuada para llevar a cabo las negociaciones con Yugoslavia. Esto se debe a que los gobiernos yugoslavos pasados y presentes los suscribieron, al igual que las potencias de la OTAN. La intervención de estos organismos podría haber tenido una legitimidad de la que carecía esta última y podría, por tanto, haber sometido al líder serbio a una presión mayor. Hasta el final, la imposición del *diktat* de la OTAN simplemente prolongó la agonía. Los organismos a los que me he referido fueron el resultado de arduos acuerdos internacionales y fueron ratificados posteriormente por Parlamentos y Asambleas, precisamente con el propósito de regular las relaciones entre Estados y supervisar la observación por parte de los mismos de los derechos humanos y civiles. Cuando se estableció la nueva Federación Yugoslava, ésta insistió enfáticamente en que asumía todas las obligaciones internacionales de la antigua Federación. De las organizaciones previamente mencionadas, el Consejo de Europa, un organismo especialmente creado para salvaguardar los derechos humanos y las libertades civiles, habría sido con diferencia el más apropiado para manejar la crisis de Kosovo, siempre y cuando sus miembros le hubieran concedido las facilidades adecuadas. El Consejo representa a la región amenazada por la crisis y, en tanto organismo, no ha tenido ninguna responsabilidad sobre el último capítulo de desastres. Asimismo, sería un vehículo adecuado para canalizar la tan necesaria asistencia económica.

Las organizaciones internacionales a las que me he referido están lejos de ser perfectas y su forma de actuar está abierta a mejoras. Tanto en la teoría como en la práctica, las potencias occidentales, en tanto que Estados miembros importantes, han tenido todas las oportunidades para hacer mejoras en los principios de funcionamiento de estas organizaciones. En el pasado, han empleado su influencia para bloquear la creación de sistemas más eficaces en la toma y ejecución de las decisiones, en particular las propuestas rusas relativas a la creación de un secretariado de la OSCE y al Consejo de Seguridad. De hecho, Rusia forma parte de la OSCE y del Consejo de Europa y esto debería asegurar su participación tanto en las negociaciones como en la aplicación de cualquier acuerdo.

### **Del conflicto colonial a la limpieza étnica**

Se ha infligido un enorme daño al pueblo de Kosovo. Los países europeos, que han permitido que esto ocurriera, tienen una responsabilidad especial a la hora de reparar los daños. Durante dos décadas, las potencias occidentales ignoraron o incluso agravaron la situación de los kosovares. Durante la década de 1970, parecía que el pueblo de Kosovo al fin estaba saliendo de una situación semicolonial pero, tras la muerte de Tito, la creciente fuerza de la variante racista serbia de nacionalismo condujo a una subordinación peor que la anterior. Las potencias occidentales contribuyeron e instigaron la desintegración desordenada de la antigua Federación, que había actuado como freno sobre las autoridades serbias. El FMI agravó una cruel crisis económica y denegó al último gobierno yugoslavo el dinero para pa-

gar a sus soldados<sup>13</sup>. Sin el menor lamento por parte de Occidente, Milosevic impuso un régimen brutal y arbitrario en lo que se denominó la «provincia»<sup>14</sup>. La autodeterminación kosovar era una causa más justa y urgente que la secesión de Eslovenia, Croacia o Bosnia, que fueron reconocidas precipitada e inexorablemente por las potencias occidentales. Durante la década de 1990, la causa kosovar tendría que haber contado con el apoyo de medios diplomáticos y materiales adecuados, tanto, por ejemplo, como Suecia, la Unión Soviética y, con retraso, los Estados Unidos apoyaron la causa del Congreso Nacional Africano en Sudáfrica. Las acciones armadas del ELK en 1998 crearon una situación en la que confluían todos los elementos de una lucha anticolonial clásica, como en Argelia, con ataques de la guerrilla y represión militar, con algunas masacres localizadas aunque no a gran escala, que se prolongaron hasta Rambouillet.

De acuerdo con la OTAN, hasta febrero de 1999, habían sido asesinados unos 1.000 soldados y funcionarios serbios y 2.000 albanos-kosovares; 200.000 kosovares habían abandonado sus casas, pero, hasta ese momento, la mayoría permanecía en Kosovo.

El bombardeo transformó un conflicto colonial cruel en una limpieza étnica a gran escala, un fenómeno que, a lo largo del siglo xx, ha necesitado de guerras encubiertas para poder desarrollarse, tal y como demuestra el destino en tiempos de guerra de armenios, judíos, palestinos, alemanes, bosnios y, más recientemente, serbios en Krajina<sup>15</sup>. La vacía comparación que se ha hecho a menudo de Hitler y Milosevic olvida que Gran Bretaña y Francia no declararon la guerra a la Alemania nazi debido a sus prácticas de genocidio; el holocausto fue el producto de la guerra, no el *casus belli*. Se declaró la guerra a Alemania porque ésta incumplió los tratados e invadió países vecinos en nombre de la defensa de las minorías alemanas perseguidas.

De acuerdo con la clásica teoría agustiniana de la «guerra justa», los medios deben ser proporcionados con respecto a los fines, la decisión de iniciar una guerra debe tomarse una vez agotadas todas las posibilidades de mediación y como un acto de autoridad legítima. Una guerra que crea un enorme daño a los que pretenden defender, respecto a la cual se ha evitado una posibilidad de mediación, que supone una violación de los tratados y que no ha pasado por las sanciones previas de los organismos electos, no puede ser una guerra justa. Los que, como Tony Blair, abanderan causas con espíritu de cruzada, pueden ser los militaristas más peligrosos de todos. Existe una diferencia abismal entre una guerra justa y una guerra santa. La

---

<sup>13</sup> Robin Blackburn, «The Break-Up of Yugoslavia», *NLR*, 199, mayo-junio de 1993, pp. 100–119. En relación al papel de «las hecatombes económicas» en el estallido de la violencia étnica, véase Tom Nairn, «Reflections on Nationalist Disasters», *NLR*, 230, julio-agosto de 1998, pp. 145–152.

<sup>14</sup> Véase Branka Magas, «The Balkanization of Yugoslavia», *NLR*, 174, marzo-abril de 1989, pp. 3–33.

<sup>15</sup> Véase Michael Mann, «La cara oscura de la democracia: la limpieza étnica y política como tradición moderna», en este número.

carnicería de la Primera Guerra Mundial se justificó arguyendo el daño infligido a Bélgica. La división colonial de África se realizó en nombre de la supresión de la trata de esclavos. Al luchar por una causa justa, deberíamos estar alertas en todo momento a las motivaciones ulteriores y a los intereses encubiertos que podrían distorsionarla, tratando de favorecer, en la medida en que sea posible, medios que bloqueen estos intereses y motivaciones. Así, los abolitionistas más convencidos y eficaces entendieron que era posible apoyar la resistencia a la esclavitud y sostener los convenios internacionales contra la trata de esclavos sin aceptar el inicio de guerras de conquista colonial.

Tanto las Naciones Unidas como la OSCE han estado involucradas en el pasado en la resolución pacífica y/o negociada de situaciones difíciles de opresión nacional, descolonización y prevención de conflictos. Han fracasado en algunas ocasiones, pero los Estados Unidos también han contribuido a ello. El Consejo de Europa y la Unión Europea podrían haber intentado mejorar su reputación. Al menos podrían haber sido capaces de hacerlo mejor que la OTAN, que no sólo ha gestionado pésimamente una crisis local, sino que se las ha arreglado para convertirla en una amenaza para la paz mundial.

¿Pero no habría contribuido este planteamiento a la explotación cínica de la causa kosovar en función de los intereses de las grandes potencias? Una opinión pública alerta y un movimiento pacifista activo actuarían como un freno. Aunque, potencialmente, el mismo efecto debería tener una red completa de acuerdos internacionales y regionales. Las presiones de la negociación, el acuerdo y la retirada militar internacionales pueden ayudar a neutralizar o limitar tanto los intereses de las grandes potencias como los arranques emocionales temerarios. Obliga a los participantes a justificarse en función de las normas internacionales y ante la opinión pública. En un contexto de negociación y cooperación estructuradas, el conjunto es justamente un poco mejor que las partes, ya que los Estados participantes controlan mutuamente sus arranques. No deberíamos olvidar o infravalorar el espantoso papel de las fuerzas de seguridad serbias en Kosovo o en casi toda la antigua Yugoslavia, ni el de las fuerzas rusas en Chechenia, ni el de las fuerzas turcas en áreas del Kurdistán, ni el de los regímenes militares en Centroamérica que cuentan con el respaldo y el asesoramiento estadounidense. Deberíamos exigir un mundo en el que las unidades militares especiales responsables de los escuadrones de la muerte sean desmanteladas. Pero, cuando nos enfrentamos a la crisis de Kosovo, no podemos ignorar el hecho de que el poder militar occidental actúa como un posible freno sobre Serbia y que la capacidad militar rusa actúa como un freno sobre la OTAN. Sin que esto signifique apoyar el sistema militar, deberíamos ser capaces de reconocer las ventajas que hay en exigir un acuerdo pacífico entre ellos, que conduzca a un futuro programa de retirada y desarme.

Si lo cierto es que sólo un acuerdo podría provocar una retirada pacífica de los serbios en Kosovo, entonces la cooperación de las

fuerzas armadas yugoslavas resultaba fundamental a este respecto. Todos los que aspiran a la paz en los Balcanes y en Europa no pueden desear la desaparición de los distintos grupos armados rivales, sino que tienen que buscar la manera más eficaz posible para que emprendan la retirada.

### El egoísmo de las pequeñas naciones

El Consejo de Europa tendría que haberse reunido para emprender acciones en Kosovo en marzo de 1998, cuando dio comienzo la lucha armada. A pesar de todo, sería el organismo más adecuado para acordar una conferencia más amplia en la que considerar el destino de la región. En dicha conferencia, deberían darse cita una gama de representantes del pueblo de Kosovo, incluyendo el partido de Ibrahim Rugova, el ELK y los grupos minoritarios. El ELK bien podría exigir la autodeterminación total e inmediata para el pueblo de Kosovo. Aunque el ELK debería haber tenido todo el derecho a exponer su punto de vista, la conferencia no habría estado obligada a aceptarlo. Teniendo en cuenta la magnitud del bombardeo de Kosovo y la campaña de terror llevada a cabo por las fuerzas serbias, una votación inmediata sobre el futuro de este territorio en cualquier caso no resulta posible. Inevitablemente, la OTAN ha empleado su enorme influencia para manipular a las organizaciones kosovares; por ejemplo, mediante la exclusión del veterano líder kosovar Adem Demaci y la promoción de un antiguo general del ejército croata, que participó en la limpieza étnica de los serbios de la Krajina, a una posición clave en la estructura del ELK. Aun así, no se ha ofrecido la autodeterminación a los kosovares; realmente, el tratado de junio ni siquiera incluye la promesa de un referéndum en un plazo de tres años, tal y como constaba en los acuerdos de Rambouillet.

Por más agravios que hayan sufrido los kosovares, deberíamos mostrarnos recelosos ante los intentos comprensibles, aunque erróneos, por absolutizar su causa. El ejercicio de la autodeterminación por parte del pueblo de cualquier Estado debe lograrse empleando medios proporcionados y tomando en consideración las consecuencias más amplias de esta acción. Así como las naciones grandes se inclinan por la hegemonía, las pequeñas también pueden ser, a su modo, inconscientes y egocéntricas. En este sentido, la precipitada aceleración con la que Eslovenia abandonó la Federación Yugoslava en 1991 realmente contribuyó a la opresión de los kosovares por parte de Milosevic. En aquel momento, la Comunidad Europea debió retrasar el reconocimiento del desmembramiento de la Federación Yugoslava hasta que se hubiera concedido a los kosovares su propia república. Que los líderes eslovenos dieran prioridad absoluta a los intereses eslovenos sin tener en cuenta las consecuencias fue, sin duda, un hecho tan inevitable como desafortunado. En este caso, la auténtica culpa fue de las potencias occidentales, sobre todo Alemania y Gran Bretaña, que estuvieron de acuerdo en la secesión de Eslovenia a pesar de las advertencias que habían recibido. Otro ejemplo de egoísmo de las pequeñas naciones fue la respuesta de Fidel Castro y Che Guevara a la crisis de los misiles cubanos en 1962.



La defensa de Cuba contra los Estados Unidos era una causa absolutamente justa, pero arriesgarse a una guerra nuclear carecía de justificación; afortunadamente, Krushchev estuvo dispuesto a echarse atrás. Tal y como sucedió, Cuba se libró de la invasión directa gracias a los resultados de la crisis. Algunos líderes kosovares insistieron, muy de acuerdo con los dictados occidentales, que únicamente una fuerza liderada por la OTAN les resultaría aceptable. Pero, aún en el caso de que todos los kosovares estuvieran de acuerdo, sería un error ignorar el contexto más amplio. Y algunos kosovares son conscientes de que la tutela de la OTAN puede ser indefinida. Una fuerza internacional de ocupación es, y era, necesaria para garantizar la retirada de las fuerzas serbias y para garantizar la seguridad de todos los habitantes de Kosovo, incluida la minoría serbia. Pero su objetivo siempre debería haber sido hacer innecesaria su presencia tan pronto como fuera posible.

Los que acertadamente exigieron un cese inmediato de los bombardeos sabían que Belgrado aún tendría un aliciente para negociar con el fin de prevenir cualquier reanudación. ¿Quiere esto decir que la política de las palomas era cómplice encubierta de la de los halcones y que, por consiguiente, estos últimos tenían razón desde el principio? No, porque la situación habría sido mejor para los kosovares en las diferentes etapas del conflicto si su causa se hubiera defendido vigorosamente por todos los medios sin recurrir a la guerra: en 1991–1992 en el momento de la ruptura, en 1995 en Dayton y en 1998–1999 cuando comenzaron las hostilidades. Si los gobiernos occidentales que ahora se erigen en campeones de los derechos humanos realmente hubieran estado preocupados por el destino de los kosovares en cualquiera de estas ocasiones, podrían haber alcanzado un acuerdo aceptable y haber evitado la catástrofe humanitaria a la que nos enfrentamos. En cada una de estas ocasiones, habría sido mejor actuar con Rusia y sin los Estados Unidos. Al final, se llegó a un acuerdo gracias a los buenos oficios de Rusia. Realmente, la misión Chernomyrdin-Ahtisaari, que proporcionó la base para el acuerdo, fue el primer acercamiento conjunto Rusia-OTAN a Belgrado. Sin embargo, todavía habría sido mejor para los kosovares, y mejor para Europa y para el mundo, si la OTAN se hubiera retirado de la totalidad de la antigua Yugoslavia y el Consejo de Europa hubiera convocado una amplia conferencia para abordar la necesidad de un acuerdo nuevo y democrático en los Balcanes.

En los últimos días de mayo de 1999, la OTAN aún pretendía insistir en que, a pesar del «disfraz», se mantendría al mando. Y, aún en esta fecha, estaba claro que era posible una solución más constructiva. Un corresponsal de Reuters en Belgrado, citando un comunicado oficial, informaba el 30 de mayo:

Decía que Yugoslavia aceptaba los «principios generales» acordados por el Grupo de los Ocho como base para alcanzar la paz en Kosovo. Estos principios incluyen el cese de la represión en Kosovo, la retirada de las fuerzas yugoslavas, el despliegue de una fuerza de seguridad internacional, el establecimiento de una administración interina y la garantía a los refugiados albanokosovares de un tránsito seguro. A pesar de todo,

los Estados Unidos no observaron ningún cambio de ideas en Belgrado... Mike Doubleday, un portavoz del Pentágono, se hizo eco de las peticiones británicas de que Milosevic debía dar señales claras de que estaba dispuesto a poner fin a la crisis de acuerdo con los términos de la OTAN<sup>16</sup>.

## Creando nuevos conflictos

John Lloyd, informando desde Moscú para el *Financial Times* el 27 de mayo de 1999, expuso dos argumentos muy importantes relativos al papel, ya fuera militar o diplomático, de Rusia para alcanzar una solución. En primer lugar, explicó que Chernomyrdin es considerado como una figura corrupta, deshonesta y prooccidental en Rusia, y que, por consiguiente, cualquier acuerdo que fuera secundado únicamente por Chernomyrdin y Yeltsin no tendría ninguna credibilidad. En segundo lugar, Lloyd también informó que el plan para alcanzar un acuerdo propuesto por Igor Ivanov, el ministro de Asuntos Exteriores, preveía una retirada total serbia y no una división de Kosovo<sup>17</sup>. No es de extrañar que la preocupación de los círculos políticos rusos se haya centrado en todo momento y de manera prioritaria en el despliegue de un gran contingente de la OTAN en Kosovo antes que en cualquier otro detalle del acuerdo. La inclusión de una fuerza simbólica de soldados rusos en una operación dirigida por la OTAN no disparará esta preocupación y simplemente acumulará problemas para el futuro. Y la propuesta de que la propia Rusia, en lugar de cualquier organismo internacional, debería pagar esas tropas, demuestra, una vez más, la obstinada negativa de los líderes occidentales a llegar a compromisos constructivos con la potencia euroasiática. De acuerdo con la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los G8 en Colonia, el *Washington Post* del 9 de junio se mostraba seguro de que el acuerdo obtenido, tal y como reza un conocido mantra, «tendría a la OTAN en su núcleo y a un general de la OTAN al mando, y no a un representante de las Naciones Unidas, de la Unión Europea, de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa o de cualquier otro organismo».

A corto plazo, la guerra de la OTAN en pos de la expansión parece reivindicarse como un tremendo éxito de los halcones. No sólo por haber aumentado notablemente su campo de acción en los Balcanes probablemente de manera permanente, sino porque la intimidación de la guerra ha dado paso a una reordenación de amplio alcance de la política regional y global. En Alemania, Oskar Lafontaine ha sido expulsado y la coalición socialdemócratas-verdes se ha teñido de sangre en el combate. El propio Lionel Jospin se ha declarado satisfecho con el nuevo orden de los acontecimientos y a José Borrell, el líder socialista español, se le ha instado a dimitir. Se ha mantenido a raya a Hungría, la República Checa y Polonia, y Rumania y Bulgaria aguardan la próxima ronda de expansión. Los británicos posiblemente aspiren a encabezar un nuevo pilar de la defensa europea y

---

<sup>16</sup> Philippa Fletcher desde Belgrado, Reuters, 30 de mayo.

<sup>17</sup> John Lloyd, «Russians Doubt Chernomyrdin's Kosovo Chances», *The Financial Times*, 27 de mayo de 1999.

ya se ha establecido un «grupo de trabajo» en Whitehall para asegurar que las compañías británicas no salgan perdiendo en la «carrera de contratos» que acarreará la reconstrucción de los daños ocasionados por la guerra<sup>18</sup>. Los halcones pueden añadir la cabellera de Primakov a su lista de trofeos. Pero sus aliados liberales deberían reflexionar sobre el hecho de que fue abatido gracias a una nueva alianza rosa/amarilla/marrón entre Yeltsin, Zhirinovskiy y Chernomyrdin, los tres hombres que idearon la guerra chechena y que han impuesto un terrible peaje de miseria al pueblo ruso. La alianza de Serbia con Rusia no se ha roto y, por consiguiente, la presencia aumentada de la OTAN crea una nueva zona de enfrentamiento. Se han puesto en peligro los derechos de los kosovares, independientemente de su nacionalidad, y se ha intercambiado la autodeterminación de Kosovo por ventajas estratégicas.

En la actualidad, algunos influyentes defensores de la guerra se encuentran consternados: «¿Era a esta tierra baldía a lo que aspirábamos realmente? ¿Es nuestra presencia indefinida una promesa que deseamos repetir? ¿Está el sistema de las Naciones Unidas realmente en una situación tal de bancarrota que es preferible una nueva operación de la OTAN a intentar reforzarlo?»<sup>19</sup> Quien siembra vientos, recoge tempestades. Occidente no se enfrenta a los Estados pícaros sino que los imita y produce, alimentado un fascismo futuro. A lo único que podemos aspirar es a que la falsedad del triunfo de la OTAN se ponga en evidencia antes de que lleguen las tempestades, permitiendo que prevalezcan pareceres distintos y más lúcidos. Pero, sea como fuere, la necesidad de un nuevo movimiento por la paz es estrepitosamente evidente.

---

<sup>18</sup> Charles Pretzlik «UK Plans Company Task Force», *The Financial Times*, 5/6 de junio de 1999.

<sup>19</sup> Hugo Young, «All passions Spent», *The Guardian*, 8 de junio de 1999.